CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

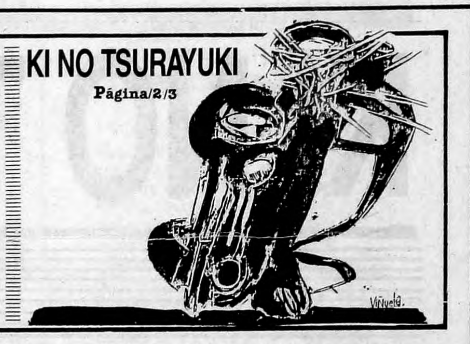
3	4	3	5	1		5	6	2
7	1	8	6	7	2	9	5	10
9	4	9	5		7	2	11	5
5	12	5	1	5	10		5	3
6	5		11	7	4	10	9	2
11	10	5	4	6		4		10
7		14		1	4	13	8	5
5	14	7	1 L	5	10	5	9	
	5	6	2 O	9	5	3	5	6

SOLUCION JUEVES

M	I	N	I	M	I	Z	A	R
E	L	I	M	I	N	A	R	
T	I	Ñ	A	N		F	I	N
E	C	O	N	O	M	I	C	O
D	I	S		R	A	R	A	S
	T		R	I	Ñ	O		
C	O	M	O	D	A		O	L
A		A	B	A	N	I	C	O
M	O	R	A	D	A		A	S

KI NO TSURAYUKI

Página/2/3



Verano/12

LOS DOMINGOS

(*Por Mauricio Wacquéz*) Lo mejor que puede ocurrirnos, Lucía, es estar separados. ¡Las misteriosas relaciones a dos! ¿Cómo explicarte el extraño sentimiento que tengo cuando pienso que alguna vez soñamos sueños distintos? ¿Cómo explicarme el misterio de los domingos? Entre nosotros, incluso si la víspera habíamos trasnochado, nos despertábamos asustados, temprano, el domingo por la mañana. Entonces comenzaba ese largo calvario en el cual el silencio era nuestra más elocuente forma de comunicarnos. Decir que nos sentíamos divididos, lanzados cada uno hacia un lugar diferente del espacio, habría sido poco. A pesar de los esfuerzos que hacíamos limpiando la casa y creyendo que quizá dentro de un momento iba a animarse de voces, y la felicidad de estar con los amigos borraría en nostros esa quemante digestión del domingo, nos mostrábamos taciturnos, abandonados, poblando una ciudad evacuada o sobreviviendo a un cataclismo.

Al despertar, me juraba que permanecería con los ojos cerrados, sabiendo perfectamente que tú simulabas lo mismo. Pero ese primer esfuerzo por rechazar el día, ese simulacro que nos mantenía uno al lado del otro, sin poder ignorarnos, duraba poco. Lentamente debíamos aceptar la evidencia de ese día hecho para la felicidad, debíamos aceptar esa felicidad impuesta.

Cuando toda la casa estaba limpia y no había más que hacer, sino fuera mirarnos a la cara el uno al otro, sin siquiera poder trabajar, porque ni eso se podía, tú bajabas a comprar el diario y te tendías en el sofá del living vestida con esos pantalones que yo no uso, con el pelo revuelto, afeada, como jurándote a ti misma que nada existía fuera de esa inexpresable desdicha. A menudo me proponía que ese domingo sería una excepción. Que iríamos a casa de mi madre o que llamaríamos a Horacio por teléfono para proponerle almorzar en su departamento. Así, haciendo esfuerzos infinitos para creer que la vida se llenaba de posibilidades, nos arrastrábamos a uno de esos sitios (la casa de Horacio, algún museo, el zoológico) que generalmente exacerbaba en nosotros la desesperación.

Los domingos se almuerza tarde en Santiago. Después de comer, disponemos de toda la tarde. Esto no es grave. Lo terrible es enfretarse con el atardecer, con la luz del atardecer, sintiéndonos vivir el atardecer tú y yo. Dejamos que la luz abandone la pieza, tememos movernos de donde estamos. El crepúsculo llega y la infelicidad se colma. El silencio invade la luz ausente, oigo tu respiración, veo el fuego de tu cigarrillo que tiene la misma tonalidad que el filo de la cordillera de la costa por donde se ha puesto el sol. Ya no vislumbramos nuestros rostros. Sólo el silencio es posible. El silencio, Lucía.



En ese momento, alguien (a veces tú misma) propone jugar a las cartas o ir al cine, a un teatro de Recoleta donde dan tres películas por dos pesos cincuenta. La frase que propone desgarra el silencio, no lo aleja, no quiebra la oscuridad, hace que ese monstruo, el silencio, tome dimensiones delirantes. Permanecemos, yo sentado, tú eternamente tendida en el sofá, yo queriendo hablarte, queriendo desplazar ese silencio, mordiéndome de rabia contra ti, contra ese sueño tuyo que no es más que un pretexto para quedarte sola.

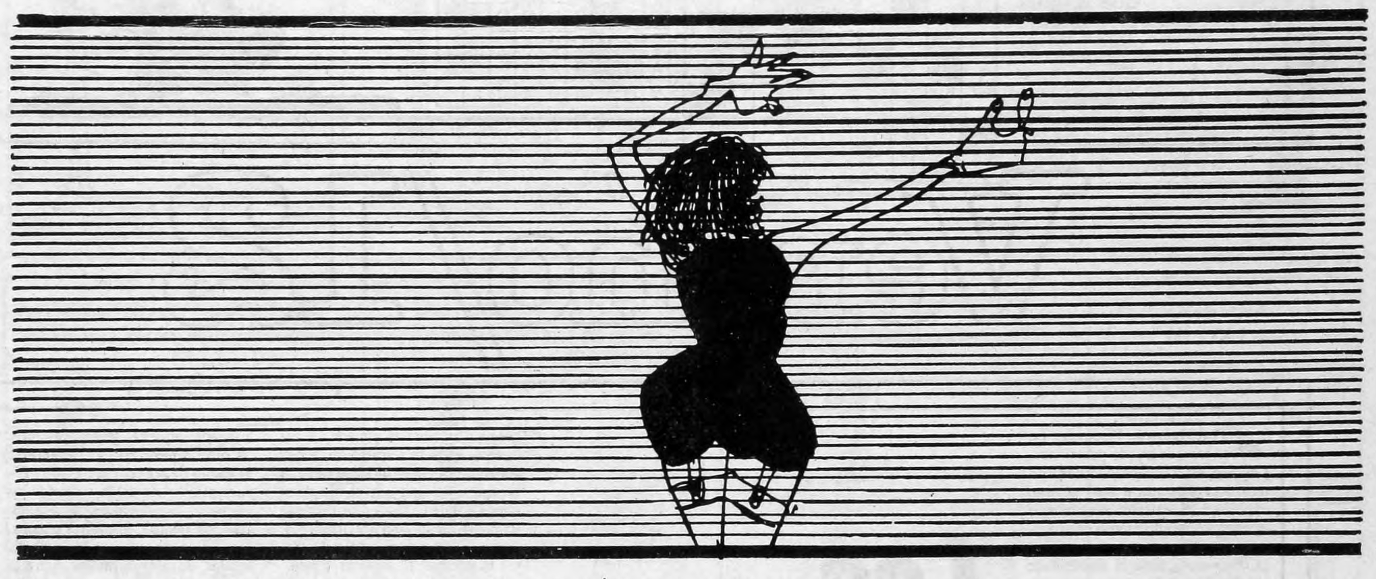
Me levanto. Doy vueltas por el departamento, entro en el baño, me lavo los dientes, voy a la cocina y preparo un café. Entonces, con la taza en la mano, me siento a tu lado, te remezco, enciendo la luz y el tocadiscos y el absurdo I'll never smile again nos enfrenta una vez más. Sí, abres los ojos y enciendes un cigarrillo, lo devoras a profundas chupadas, miras el techo mientras yo te hablo. Te explico. Torpemente trato de explicarte de dónde, por qué, cómo son posibles esas tristezas, las tristezas del único día que tenemos para ser felices. Te contaba los terribles días en que volvía al internado, soñando con el incendio de mi colegio, los domingos por la tarde. Los domingos por la tarde al llegar al internado y que soñaba que pudiera haberse incendiado. ¿Te ríes? Pero sí, créeme, yo soñaba y deseaba ver ese campamento de niños infortunados, condenados, abandonados por sus padres, soñaba y deseaba verlo reducido a las cenizas, los bomberos paseándose sobre los escombros. Y también te hablaba de las horas que precedían a esa llegada, a las tres o las cuatro, después del almuerzo, en la parcela, los domingos. La hora de las tres o las cuatro, recién después del almuerzo, cuando se tocaban los valses de Chopin y mi madre me arreglaba la maleta. Yo tenía que contarte el recuerdo del olor de esos domingos; si no fuera más que por el puro deseo de hacerte despertar, yo debía describirte el olor de los habanos que habían fumando mis hermanos y mi padre, que llenaba el hall y el comedor, los corredores, el perfume de las mujeres saturando de recuerdos imborrables aquellos primeros años de mi vida. Y también la lluvia, los domingos, la lluvia triste y delicada que humedece un vértice de mi memoria, agigantando hasta las náuseas aquella lejana tristeza. ¿Cómo renunciar a la inalterable realidad de poseer ese pasado? Dime, ¿Cómo dejar de recordar las esquivas insinuaciones de la felicidad con Beatriz, los olores lejanos, los sonidos repentinos de voces deseadas, de casi murmullos, que a lo mejor soñé, pero que aún así recuerdo?

Has caído en el silencio habitual. Lucía, mírame, dime qué te pasa los domingos, por lo menos dime que es la misma cosa, lo mismo que siento yo, eso que nos hace honestos, bien educados, lo que nos hace chilenos con impunidad y demócratas tristes. Estos domingos en casa son fatales.

Pero no es el hecho de pasarlos en casa, los domingos. Cuando vamos a la playa y el sábado (otro día misterioso, el mejor de la semana, o quizá no, quizás es el viernes el mejor de la semana) partimos después del almuerzo y tú vas a mi lado y pestañeamos rápidamente por la intensidad del sol, y tú te ríes y pones la radio del auto y creemos una vez más que somos felices, que vivimos una eterna felicidad sin domingos, para que al otro día sepamos, lentamente, casi sin advertirlo, que va creciendo en nosotros —a medida que progresan las conversaciones, los paseos, y el domingo se impone y después del té hay que ayudar a los amigos que nos han invitado, hay que ayudarlos a dejar la casa en orden—, que se va apozando en nosotros un silencio, cargado de reproches, de cóleras sordas, silencio, reproches y cóleras que borran el placer de haber estado allí, a la orilla del mar, bebiendo tragos helados. Es el momento de enfrentar otra realidad aún peor: volvemos. Sin mirarnos, sin hablarnos, cerramos la casa a la caída de la tarde, partimos siguiendo la fila india de automóviles que vuelven a Santiago. Tú, sumida en esos pensamientos, en esos recuerdos tuyos que no conozco; yo, tratando de silbar, fumando un cigarrillo, jugando a ser feliz. La ancha avenida de los Cerrillos, apenas iluminada, la vista de los primeros buses, que ya habíamos olvidado: nuestra ciudad, ese campamento, Lucía, se nos aparece irreconocible. Entramos en ella con odio, paulatinamente debemos aceptar que es la misma, que no ha desaparecido; con hastío, con ese sentimiento doloroso que se tiene cada vez que, habiéndola olvidado, de pronto la vemos o pensamos en ella; doblemente doloroso porque ese olvido, ese odio, ese hastío, no son sino la forma del amor frenético y sofocado que se le profesa.

Pero ¿qué son, Lucía, esos domingos, si la semana en nuestro mundo ya no tiene otro nombre?

KI NO TSURAYUKI



Por Juan Carlos Onetti

Conocí y frecuenté a los Andrade hace y durante un par de años. Hoy cuento la parte que más interesa de sus vidas, y lo que ignoro lo imagino con certeza.

Como todos los mediodías, cuando Andrade se despertó Marisol ya no estaba en la cama. El cuarto olía suavemente a sudores atemperados por la cosmética y un perfume de café fresco llegaba de la cocina al dormitorio.

Tomó de un trago el resto de whisky, ahora tibio, que les había dejado la noche y encendió un cigarrillo. El humo trepaba en espiral con el mismo color gris de la luz en las ranuras de la persiana. Pensó entristecido que la primavera aún no había venido y nadie sabía por qué.

Marisol dirigía la página de vida social que publicaba su diario, siempre el más importante en todos los gobiernos que se fueran o vinieran, civiles o militares, la pequeña feroz biblia de la oligarquía y la Iglesia.

Después del cuarto de baño —ya limpio, afeitado y envuelto en una bata lujosa— estuvo en el pequeño comedor desayunando copiosamente frente a Marisol. Abrió el periódico para que ella olvidara que él la había mirado con reproche. Sus ojos brillantes, las pequeñas partículas blancas en los bordes de la nariz. Su simpática alegría nerviosa. Oh, sí, por encima del mundo.

Cuántas veces la había oído jurar: "Nunca más, te juro". O variaba: "Si no voy a las fiestas me quemo y me quedo sin trabajo. Y cuando voy no puedo negarme a las rayas como una pajuerana. Y sin diario ni reuniones no puedo ayudarte".

—¿Hay algo? —preguntó Andrade.

—Ni ganas ni tiempo para mirar.

—Andrade pasó las hojas hasta encontrar la nutrida página de esquelas mortuorias.

Veía a la mujer, oía clavar la cucharita en el medio pomelo. Hubo otra quietud y luego ella le ofreció más café en una taza panzuda. La aceptó en silencio, apartó el diario y la miró reír silenciosa.

—No estés enojado o haciéndote. ¿Para qué consultás la página si no podés interpretar? Yo tengo la clave y después te digo, como siempre. Pero primero un perdón y una risita para mamá.

Ahora, por la ventana grande del comedor-living, la primavera se asomaba por minutos para retroceder como arrepentida, negada por nubes y viento.

Ella dijo:

—Bueno, tengo que moverme para el almuerzo en el country. No pierdas tiempo revisando el diario porque nada sabés de viudas. Yo tengo en vista dos moribundos que prometen. Ojalá tengas suerte. Y con mis bendiciones. Que no se te olvide la agenda al día. Con Camarosa fallaste.

Le hizo una mueca de burla cariñosa y pasó al dormitorio para vestirse, arreglarse.

Marisol, educada en una universidad yanqui, había impuesto en el departamento un régimen alimenticio al que Andrade demoró en acostumbrarse: un fuerte desayuno, cualquier tontería como almuerzo y con frecuencia cenaban afuera.

Por la tarde estuvo trabajando un poco con las agendas, una de ese año y otra del próximo porque no todos mueren antes de julio 1°. Setiembre 10, página en blanco. Avanzó jojeando y pudo comprobar que hasta mitad de octubre no estaba anotada ninguna visita.

Andrade vivía sin preocupaciones gracias a que un abuelo o bisabuelo había alambrado campos sin dueño en el siglo pasado. Por sucesivas y complicadas herencias, aquella inmensidad de pasto, ahora reducida, adornada con vacunos y yeguarizos, era suya ante la ley. Puntualmente, el mayordomo administrador lo estafaba en los giros y rendiciones de cuentas. Pero lo que llegaba cubría con exceso las necesidades de Andrade. Marisol, familia llegada a menos pero con apellido patricio —y este menos seguía siendo envidiable— y el sueldo del diario y los extras por incluir qué modistillo había hecho el traje de la novia o de la niña presentada en sociedad, aportaba a la pareja dinero suficiente que casi equiparaba las rentas de Andrade. Y a todo esto se agregaba, además de compañía y cama, que ambos eran generosos, despreocupados e impredecibles.

Además, Andrade escribía una novela desde años atrás. Nadie vio nunca una página, tal vez él tampoco. La única vaga huella de creación literaria podía rastrearse en un cartel envejecido clavado en la pared, arriba de su escritorio. Decía: "Una literatura tal que, en comparación, todo lo escrito hasta ahora resultaría simple prosa de colegial". La consonante no era deliberada.

Mintió Andrade cuando dijo que la llamada telefónica de Marisol lo había sorprendido mientras estaba iniciando el muy difícil capítulo cuarto de la novela interminable. Es casi seguro que sesteaba con ayuda de la siempre última copa de coñac y un poco de bicarbonato. Supongo que Marisol dijo:

—Hay que moverse, ricura. Hoy de mañana murió Estévez, Ramón, cuando estaba en el hospital para hacer dos operaciones. Un repente, el corazón. Era tu amigo y no hay hijos y él era un maniático del paracaidismo, allá en el polígono de Morón. Nada de luto, idiota, ropas severas, cuidado con la corbata y la cara sí, desolada.

Andrade, en pocas horas, fue acreciendo su amistad con Estévez, inflando pequeños recuerdos, convenciéndose de que había existido entre ambos una relación frecuente que rozaba la intimidad. Colegio, servicio militar, saltos audaces en que los dos se desprendían de aviones y atravesaban el aire colgados del paracaídas, aterrizando gloriosos y con males ventrales en terrenos muchas veces hostiles. Amistad profunda de beberajes y confidencias.

Ya no importaba ni saber ni intuir cómo había sido físicamente el viejo amigo doctor Estévez, su cara nunca vista. La muerte va emparejando rostros y les impone (nos impondrá) o construye una expresión común que pregunta desinteresada y sarcástica: ¿y a mí qué?, cumplo fielmente mi contrato.

Al atardecer se puso un traje azul oscuro con apenas rayas muy finas blancas. Caminó unas cuadras hasta el barrio norte, muy cerca de donde ellos vivían. Después de firmar el álbum con una letra muy clara y abierta para que pudiera ser reconocida sin dificultad, se introdujo en la habitación de los susurros y esquivó, sin grosería, el ataúd negro dorado. Era mucha la gente que rodeaba en protección y en consuelo a la joven viuda y, al hacerlo, se la estaban señalando. Estaba inmóvil y sin lágrimas y era muy bella con peinado negro en bandós. Tan deseable promesa a medio año vista.

Esta viuda: cara tan pálida como pared acabada de blanquear con una mano de cal, impasible, padeciendo sin total conciencia un golpe brutal, inesperado; venido para partir en dos su vida, suprimir la dicha que ya sería apenas un conjunto de recuerdos, cada día más equívocos, menos dolorosos.

Ya llevaba estúpidas palabras preparadas, pero las cambió, murmurando, por otras semejantes:

—Increíble. Tan querido amigo Ramón. Dios lo tendrá en su paz.

Luego retrocedió como haciéndose olvidar, como escondiéndose, y sentado en un rincón rechazó el café y el oporto que un criado le ofreció. Pasada una hora de lamentos, deudos, amigos y renovados llantos, pudo escurrirse con discreción y volvió a su departamento para escribir —mentira— la novela interminable para la cual, aunque nunca existió, tuvo respeto de no llamarla genial. La verdad debe haber sido que volvió a tomar coñac, fumar en pipa y leer aventuras policiales de esas sin nombre ni título ni recuerdo, esperando que llegara Marisol.

Lo cierto es que después de su breve paso por el velorio de Estévez, Andrade se puso a la tarea. Extrajo las agendas y, como aquel día era setiembre 21, calculó seis meses y escribió: "En el día 20 de marzo del próximo año: Señora Estévez. Más o menos hoy".

Se descubrió con voluntad de trabajo y, fortaleciéndola con el coñac, hizo un rápido balance con el resultado muy satisfactorio de 12 visitas, llamadas semestrales —a veces solapadas—, que sólo mostraban dos fracasos. O había llegado tarde o su deseado sitio ya estaba ocupado desde hacía más de un año, desde antes de su primera visita de duelo.

Y todo esto, que algo tenía de antipoético, de burócrata marcando relojes de entrada en oficinas, dentro de la enorme poesía que construían los resultados felices.

Y esta tarea, poco agotadora, se había iniciado un par de años antes por un cuento-poema del poeta japonés Ki no Tsurayuki publicado en el 905 y traducido a lenguas bárbaras en el siglo XX.

LECTURAS

KI NO TSURAYUKI



Por Juan Carlos Onetti

Conocí y frecuenté a los Andrade hace y durante un par de años. Hoy cuento la parte que más interesa de sus vidas, y lo que ignoro lo imagino con certeza.

Como todos los mediodías, cuando Andrade se despertó Marisol ya no estaba en la cama. El cuarto olía suavemente a sudores atemperados por la cosmética y un perfume de café fresco llegaba de la cocina al dormitorio.

Tomó de un trago el resto de whisky, ahora tibio, que les había dejado la noche y encendió un cigarrillo. El humo trepaba en espiral con el mismo color gris de la luz en las ranuras de la persiana. Pensó entristecido que la primavera aún no había venido y nadie sabía por qué.

Marisol dirigía la página de vida social que publicaba su diario, siempre el más importante en todos los gobiernos que se fueran o vinieran, civiles o militares, la pequeña feroz biblia de la oligarquía y la Iglesia.

Después del cuarto de baño —ya limpio, afeitado y envuelto en una bata lujosa— estuvo en el pequeño comedor desayunando copiosamente frente a Marisol. Abrió el periódico para que ella olvidara que él la había mirado con reproche. Sus ojos brillantes, las pequeñas partículas blancas en los bordes de la nariz. Su simpática alegría nerviosa. Oh, sí, por encima del mundo.

Cuántas veces la había oído jurar: "Nunca más, te juro". O variaba: "Si no voy a las fiestas me quemo y me quedo sin trabajo. Y cuando voy no puedo negarme a las rayas como una pajuerana. Y sin diario ni reuniones no puedo ayudarte".

—¿Hay algo? —preguntó Andrade.

—Ni ganas ni tiempo para mirar. —Andrade pasó las hojas hasta encontrar la nutrida página de esquelas mortuorias.

Veía a la mujer, oía clavar la cucharita en el medio pomelo. Hubo otra quietud y luego ella le ofreció más café en una taza panzuda. La aceptó en silencio, apartó el diario y la miró reír silenciosa.

—No estés enojado o haciéndote. ¿Para qué consultás la página si no podés interpretar? Yo tengo la clave y después te digo, como siempre. Pero primero un perdón y una risita para mamá.

Ahora, por la ventana grande del comedor-living, la primavera se asomaba por minutos para retroceder como arrepentida, negada por nubes y viento.

Ella dijo:

—Bueno, tengo que moverme para el almuerzo en el country. No pierdas tiempo revisando el diario porque nada sabés de viudas. Yo tengo en vista dos moribundos que prometen. Ojalá tengas suerte. Y con mis bendiciones. Que no se te olvide la agenda al día. Con Camarosa fallaste.

Le hizo una mueca de burla cariñosa y pasó al dormitorio para vestirse, arreglarse.

Marisol, educada en una universidad yanqui, había impuesto en el departamento un régimen alimenticio al que Andrade demoró en acostumbrarse: un fuerte desayuno, cualquier tontería como almuerzo y con frecuencia cenaban afuera.

Por la tarde estuvo trabajando un poco con las agendas, una de ese año y otra del próximo porque no todos mueren antes de julio 1°. Setiembre 10, página en blanco. Avanzó jojeando y pudo comprobar que hasta mitad de octubre no estaba anotada ninguna visita.

Andrade vivía sin preocupaciones gracias a que un abuelo o bisabuelo había alambrado campos sin dueño en el siglo pasado. Por sucesivas y complicadas herencias, aquella inmensidad de pasto, ahora reducida, adornada con vacunos y yeguarizos, era suya ante la ley. Puntualmente, el mayordomo administrador lo estafaba en los giros y rendiciones de cuentas. Pero lo que llegaba cubría con exceso las necesidades de Andrade. Marisol, familia llegada a menos pero con apellido patricio —y este menos seguía siendo envidiable— y el sueldo del diario y los extras por incluir qué modistillo había hecho el traje de la novia o de la niña presentada en sociedad, aportaba a la pareja dinero suficiente que casi equiparaba las rentas de Andrade. Y a todo esto se agregaba, además de compañía y cama, que ambos eran generosos, despreocupados e impredecibles.

Además, Andrade escribía una novela desde años atrás. Nadie vio nunca una página, tal vez él tampoco. La única vaga huella de creación literaria podía rastrearse en un cartel envejecido clavado en la pared, arriba de su escritorio. Decía: "Una literatura tal que, en comparación, todo lo escrito hasta ahora resultaría simple prosa de colegial". La consonante no era deliberada.

Mintió Andrade cuando dijo que la llamada telefónica de Marisol lo había sorprendido mientras estaba iniciando el muy difícil capítulo cuarto de la novela interminable. Es casi seguro que sesteaba con ayuda de la siempre última copa de coñac y un poco de bicarbonato. Supongo que Marisol dijo:

—Hay que moverse, ricura. Hoy de mañana murió Estévez, Ramón, cuando estaba en el hospital para hacer dos operaciones. Un repente, el corazón. Era tu amigo y no hay hijos y él era un maniático del paracaidismo, allá en el polígono de Morón. Nada de luto, idiota, ropas severas, cuidado con la corbata y la cara sí, desolada.

Andrade, en pocas horas, fue acreciendo su amistad con Estévez, inflando pequeños recuerdos, convenciéndose de que había existido entre ambos una relación frecuente que rozaba la intimidad. Colegio, servicio militar, saltos audaces en que los dos se desprendían de aviones y atravesaban el aire colgados del paracaídas, aterrizando gloriosos y con males ventrales en terrenos muchas veces hostiles. Amistad profunda de beberajes y confidencias.

Ya no importaba ni saber ni intuir cómo había sido físicamente el viejo amigo doctor Estévez, su cara nunca vista. La muerte va emparejando rostros y les impone (nos impondrá) o construye una expresión común que pregunta desinteresada y sarcástica: ¿y a mí qué?, cumplo fielmente mi contrato.

Al atardecer se puso un traje azul oscuro con apenas rayas muy finas blancas. Caminó unas cuadras hasta el barrio norte, muy cerca de donde ellos vivían. Después de firmar el álbum con una letra muy clara y abierta para que pudiera ser reconocida sin dificultad, se introdujo en la habitación de los susurros y esquivó, sin grosería, el ataúd negro dorado. Era mucha la gente que rodeaba en protección y en consuelo a la joven viuda y, al hacerlo, se la estaban señalando. Estaba inmóvil y sin lágrimas y era muy bella con peinado negro en bandós. Tan deseable promesa a medio año vista.

Esta viuda: cara tan pálida como pared acabada de blanquear con una mano de cal, impasible, padeciendo sin total conciencia un golpe brutal, inesperado; venido para partir en dos su vida, suprimir la dicha que ya sería apenas un conjunto de recuerdos, cada día más equívocos, menos dolorosos.

Ya llevaba estúpidas palabras preparadas, pero las cambió, murmurando, por otras semejantes:

—Increíble. Tan querido amigo Ramón. Dios lo tendrá en su paz.

Luego retrocedió como haciéndose olvidar, como escondiéndose, y sentado en un rincón rechazó el café y el oporto que un criado le ofreció. Pasada una hora de lamentos, deudos, amigos y renovados llantos, pudo escurrirse con discreción y volvió a su departamento para escribir —mentira— la novela interminable para la cual, aunque nunca existió, tuvo respeto de no llamarla genial. La verdad debe haber sido que volvió a tomar coñac, fumar en pipa y leer aventuras policiales de esas sin nombre ni título ni recuerdo, esperando que llegara Marisol.

Lo cierto es que después de su breve paso por el velorio de Estévez, Andrade se puso a la tarea. Extrajo las agendas y, como aquel día era setiembre 21, calculó seis meses y escribió: "En el día 20 de marzo del próximo año: Señora Estévez. Más o menos hoy".

Se descubrió con voluntad de trabajo y, fortaleciéndola con el coñac, hizo un rápido balance con el resultado muy satisfactorio de 12 visitas, llamadas semestrales —a veces solapadas—, que sólo mostraban dos fracasos. O había llegado tarde o su deseado sitio ya estaba ocupado desde hacía más de un año, desde antes de su primera visita de duelo.

Y todo esto, que algo tenía de antipoético, de burócrata marcando relojes de entrada en oficinas, dentro de la enorme poesía que construían los resultados felices.

Y esta tarea, poco agotadora, se había iniciado un par de años antes por un cuento-poema del poeta japonés Ki no Tsurayuki publicado en el 905 y traducido a lenguas bárbaras en el siglo XX.

Mentía el poeta haber visitado un cementerio en el que vio a una linda japonesita acuclillada que agitaba, incansable, un gran abanico sobre la tierra de un sepulcro. Llevado por la curiosidad, madre del saber y de la poesía, acercóse Ki no a la joven y, luego de hacer las tres reverencias de estilo, se atrevió a interrogarla. Tal vez sin necesidad de palabras, con tan sólo la expresión preguntona de su cara. La niña, todas las mujeres hermosas atraviesan adolescentes los años, detuvo el vaivén de la muñeca, alzó los ojos mientras ofrecía una dudosa e inmóvil sonrisa nipona. Luego dijo con tristeza: "Mi marido, en su lecho de muerte, me hizo jurar que le permanecería fiel mientras estuviera húmeda la tierra de su tumba. Y este otoño fue tan lluvioso".

Después de esta belleza que mucho lo impresionó, Andrade recordó curioso habladurías y alguna experiencia. Hizo los cálculos y resolvió que seis meses de soledad por viudez establecían un estado psíquico y vulnerable en el caparazón de la mujer abandonada y que era factible apoyarse en ansias y aventar recuerdos. Ignoro —estuve viajando a causa de negocios— cuánto tiempo pasó, cuán exacta resultaba o resultó la contabilidad de Andrade, ayudado siempre por la sabiduría cómplice de Marisol. Sospeché que su amante lo orientaba segura para el cumplimiento de una exigencia: que los blancos que iba ofreciendo la muerte fueran jóvenes, hermosos y con una cualidad indefinible a la que ellos y yo llamábamos clase.

Cuando terminé por asentarme de regreso en la ciudad más querida del mundo, ni Romas, ni Vienas, ni Parises, como dijo un poeta mexicano, y luego de haber rendido cuentas un poco al estilo del Gran Capitán ante el señor ministro de turno, me fui enterando sin desearlo de varias desgracias. Dejo de lado las familiares y recuerdo la muerte de Marisol y el anterior accidente automovilístico de Andrade. Supe que él había terminado por casarse, loco de amor, con una de sus viudas semestrales. Se llamaba, y se llama, Hortensia. Más fuerte que él en escarceos eróticos, más convincente con juegos de cama, hermosa y *allumeuse* de nacimiento, lo llevó sin violencias ni discusiones hasta jueces y sacerdotes.

Escribió el prólogo con maestría lingüística, con faldas tajeadas para insinuar, en verano, los muslos tan blancos y poderosos; y, en invierno, usaba pantalones tan ajustados que hacían posible ver, adivinar y querer, las ofrecidas nalgas azules.

Todo esto susurrado, a veces dicho con palabras distintas, por amigas del alma que agregaron pasados y presentes, tal vez calumniosos.

Nada de esto le importaba porque, aunque fuera cierto, al día siguiente el retozo sexual se olvida y nunca fue.

Después de un viaje de bodas había retornado a la ciudad. La carretera es traicionera y ahí Andrade, que viajaba solo buscando playas y sol, chocó contra un camión y fue salvado en un sanatorio, casi moribundo, quedando impotente y sin piernas útiles.

Ahora, despertando de una de las horas diarias de sopor. Andrade trataba de reconquistar el mundo, la habitación, sentado incómodo en la silla de ruedas que casi había aprendido a manejar con soltura.

Ahora escuchaba la voz de Hortensia que aplacaba el murmullo de una voz masculina, y decía: "No te preocupes, no se despierta hasta la noche". Y los silencios más crueles que cualquier palabra venían para visitar, prolongándose, su cuarto de enfermo impedido, incurable.

Sin necesidad de agendas, Andrade calculó que se habían cumplido seis meses desde el accidente, casi mortal, que lo separó de los vivos, de los saludables y ansiosos.



S.O.L

SOSTENIDO

EN LA COSTA

• **El triciclo**, la comedia infantil de Hugo Midon que interpreta el grupo La Cabriola, se presenta en el Teatro Auditorium, ubicado en Rambla Casino. Las funciones se realizan a las 19, con la actuación de Ana María Santiago, Gabriela Marges, Lina Cardoso, Lizy Aronzon, Beatriz Espíndola y Patricia Vigano. Organizado con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. De martes a sábado, a las 21.15 y 23.15, en la sala del Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751.

• La pieza teatral **Los mirasoles**, de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado**. En la sala 1 del Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días las funciones se realizan a las 22.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (Estados Unidos, 1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación protagónica de Bob Hoskins. En el cine Gran Mar de Mar del Plata, Salta 1545. A las 15, 16.55, 18.50, 20.50 y 23.

• **La banda elástica**, integrada por los músicos Ernesto Acher, Juan Amaral, Carlos Constantini, Ricardo Lew, Jorge Navarro, Hugo Pierre, Enrique Roizner y Enrique Varela, se presentan hoy en el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, sito en Colón y la costa. A las 22.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa, con dirección general de Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy a las 23 en Oliverio Mate Bar, ubicado en la avenida 3 y paseo 105, Villa Gesell.

• Horacio Fontova presenta mañana su espectáculo musical **Fontova Presidente**. A las 22 en Puerto Madryn.

• **Teléfono medido**, la obra teatral de Beto Giannola interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En la sala 2 del Teatro Re-Fa-Si de Mar del Plata, Luro 2332.

• **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical *Mirando la casa de uno* (tema de sus tres discos). En la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata. Todos los miércoles a las 22.

Mentía el poeta haber visitado un cementerio en el que vio a una linda japonesita acuclillada que agitaba, incansable, un gran abanico sobre la tierra de un sepulcro. Llevado por la curiosidad, madre del saber y de la poesía, acercóse Ki no a la joven y, luego de hacer las tres reverencias de estilo, se atrevió a interrogarla. Tal vez sin necesidad de palabras, con tan sólo la expresión preguntona de su cara. La niña, todas las mujeres hermosas atraviesan adolescentes los años, detuvo el vaivén de la muñeca, alzó los ojos mientras ofrecía una dudosa e inmóvil sonrisa nipona. Luego dijo con tristeza: "Mi marido, en su lecho de muerte, me hizo jurar que le permanecería fiel mientras estuviera húmeda la tierra de su tumba. Y este otoño fue tan lluvioso".

Después de esta belleza que mucho lo impresionó, Andrade recordó curioso habladurías y alguna experiencia. Hizo los cálculos y resolvió que seis meses de soledad por viudez establecían un estado psíquico y vulnerable en el caparazón de la mujer abandonada y que era factible apoyarse en ansias y aventar recuerdos. Ignoro —estuve viajando a causa de negocios— cuánto tiempo pasó, cuán exacta resultaba o resultó la contabilidad de Andrade, ayudado siempre por la sabiduría cómplice de Marisol. Sospeché que su amante lo orientaba segura para el cumplimiento de una exigencia: que los blancos que iba ofreciendo la muerte fueran jóvenes, hermosos y con una cualidad indefinible a la que ellos y yo llamábamos clase.

Cuando terminé por asentarme de regreso en la ciudad más querida del mundo, ni Romas, ni Vienas, ni Parises, como dijo un poeta mexicano, y luego de haber rendido cuentas un poco al estilo del Gran Capitán ante el señor ministro de turno, me fui enterando sin desearlo de varias desgracias. Dejo de lado las familiares y recuerdo la muerte de Marisol y el anterior accidente automovilístico de Andrade. Supe que él había terminado por casarse, loco de amor, con una de sus viudas semestrales. Se llamaba, y se llama, Hortensia. Más fuerte que él en escarceos eróticos, más convincente con juegos de cama, hermosa y *allumeuse* de nacimiento, lo llevó sin violencias ni discusiones hasta jueces y sacerdotes.

Escribió el prólogo con maestría lingüística, con faldas tajeadas para insinuar, en verano, los muslos tan blancos y poderosos; y, en invierno, usaba pantalones tan ajustados que hacían posible ver, adivinar y querer, las ofrecidas nalgas azules.

Todo esto susurrado, a veces dicho con palabras distintas, por amigas del alma que agregaron pasados y presentes, tal vez calumniosos.

Nada de esto le importaba porque, aunque fuera cierto, al día siguiente el retozo sexual se olvida y nunca fue.

Después de un viaje de bodas había retornado a la ciudad. La carretera es traicionera y ahí Andrade, que viajaba solo buscando playas y sol, chocó contra un camión y fue salvado en un sanatorio, casi moribundo, quedando impotente y sin piernas útiles.

Ahora, despertando de una de las horas diarias de sopor. Andrade trataba de reconquistar el mundo, la habitación, sentado incómodo en la silla de ruedas que casi había aprendido a manejar con soltura.

Ahora escuchaba la voz de Hortensia que aplacaba el murmullo de una voz masculina, y decía: "No te preocupes, no se despierta hasta la noche". Y los silencios más crueles que cualquier palabra venían para visitar, prolongándose, su cuarto de enfermo impedido, incurable.

Sin necesidad de agendas, Andrade calculó que se habían cumplido seis meses desde el accidente, casi mortal, que lo separó de los vivos, de los saludables y ansiosos.



S.O.L

SOSTENIDO EN LA COSTA

• **El triciclo**, la comedia infantil de Hugo Midon que interpreta el grupo La Cabriola, se presenta en el Teatro Auditorium, ubicado en Rambla Casino. Las funciones se realizan a las 19, con la actuación de Ana María Santiago, Gabriela Marges, Lina Cardoso, Lizy Aronzon, Beatriz Espíndola y Patricia Vigano. Organizado con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. De martes a sábado, a las 21.15 y 23.15, en la sala del Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751.

• La pieza teatral **Los mirasoles**, de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava, y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado**. En la sala 1 del Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días las funciones se realizan a las 22.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (Estados Unidos, 1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación protagónica de Bob Hoskins. En el cine Gran Mar de Mar del Plata, Salta 1545. A las 15, 16.55, 18.50, 20.50 y 23.

• **La banda elástica**, integrada por los músicos Ernesto Acher, Juan Amaral, Carlos Constantini, Ricardo Lew, Jorge Navarro, Hugo Pierre, Enrique Roizner y Enrique Varela, se presentan hoy en el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, sito en Colón y la costa. A las 22.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa, con dirección general de Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El varieté de posguerra de **Gambas al ajillo** y el Metatango de **Omar Viola** podrán verse hoy a las 23 en Oliverio Mate Bar, ubicado en la avenida 3 y paseo 105, Villa Gesell.

• Horacio Fontova presenta mañana su espectáculo musical **Fontova Presidente**. A las 22 en Puerto Madryn.

• **Teléfono medido**, la obra teatral de Beto Giannola interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En la sala 2 del Teatro Re-Fa-Si de Mar del Plata, Luro 2332.

• **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical *Mirando la casa de uno* (tema de sus tres discos). En la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata. Todos los miércoles a las 22.

MOME

Por Mell Lazarus







Gentileza Editorial De la Flor









JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Mayordomos inocentes

Cinco mayordomos ingleses están desesperados: sus patrones han sido asesinados. Deduzca al servicio de qué lord estaba cada uno, quién es cada asesino y con qué arma fue ultimado cada noble.

1. El hombre que asesinó a Lord Walpole no usó florete.
2. El patrón de Ferfuson era un solterón misógino que jamás empleaba a mujeres.
3. Higgins sospechó inmediatamente de una mujer al sentir el perfume que tenía la daga clavada en la espalda de su patrón.
4. El mayordomo de Lord Thackeray se desmayó al verlo atravesado por una lanza del siglo XV.
5. El socio de Lord Cumber (cuyo mayordomo no era Addison) logró escapar a Sudamérica tras cometer el crimen.
6. La esposa de Lord Galsworthy asesinó a su marido con una espada.
7. Ni Perkins ni Addison sirven ni a la esposa de Lord Galsworthy ni al abogado que cometió su asesinato con una ballesta.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		LORD					ASESINO					ARMA				
		Cumber	Galsworthy	Shannon	Thackeray	Walpole	Abogado	Administrador	Esposa	Mucama	Socio	Ballesta	Daga	Espada	Florete	Lanza
MAYORDOMO	Addison															
	Digby															
	Ferguson															
	Higgins															
	Perkins															
ARMA	Ballesta															
	Daga															
	Espada															
	Florete															
	Lanza															
ASESINO	Abogado															
	Administrador															
	Esposa															
	Mucama															
	Socio															

MAYORDOMO	LORD	ASESINO	ARMA

SOPA DE RELOJERIA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno y otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

AGUJA
CADENA
CAJA
CALLANA
CUARTO
CUERDA
ESFERA
HORA
LEONTINA
MINUTO
PENDULO
SAETA
SEGUNDO
TICTAC

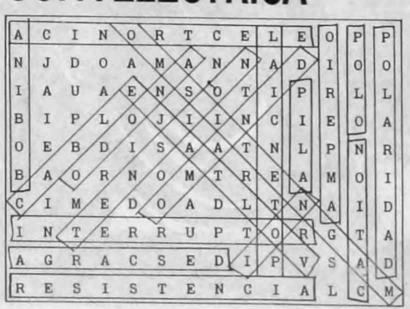
A	U	N	A	N	U	Z	E	M	V	I	B	A	H
B	A	H	O	R	A	N	I	T	N	O	E	L	O
R	C	A	L	L	A	N	A	P	E	Q	U	D	E
Q	U	U	I	T	U	A	T	E	A	S	N	I	Ñ
T	O	Y	A	T	E	D	N	A	I	U	A	U	N
F	A	R	O	R	S	I	N	E	G	N	A	N	E
C	A	T	C	I	T	E	D	E	L	U	C	A	R
A	R	A	N	O	D	O	S	E	P	E	J	E	T
T	R	E	R	A	R	E	F	S	E	A	D	A	M
Y	A	O	C	A	D	R	E	U	C	A	T	I	R

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Lunes, Geografía, Historia, Castellano.
Martes, Castellano, Matemática, Música.
Miércoles, Matemática, Castellano, Geografía.
Jueves, Historia, Música, Matemática.
Viernes, Música, Geografía, Historia.

SOPA ELECTRICA



A	C	I	N	O	R	T	C	E	L	E	O	P	P
N	J	D	O	A	M	A	N	N	A	D	I	O	O
I	A	U	A	E	N	S	O	T	I	P	R	L	L
B	I	P	L	O	J	I	I	N	C	I	E	O	A
O	E	B	D	I	S	A	A	T	N	L	P	N	R
B	A	O	R	N	O	M	T	R	E	A	M	O	I
C	I	M	E	D	O	A	D	L	T	N	A	I	D
I	N	T	E	R	R	U	P	T	O	R	G	T	A
A	G	R	A	C	S	E	D	I	P	V	S	A	D
R	E	S	I	S	T	E	N	C	I	A	L	C	M